

LA POLITICA INTERNACIONAL EN LOS MESES DE SEPTIEMBRE Y OCTUBRE DE 1957

LA XII SESIÓN ORDINARIA DE LA ASAMBLEA GENERAL.

El día 17 de septiembre se inició puntualmente la XII Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, con asistencia de los representantes de todos los Estados Miembros. Por unanimidad fué elegido Presidente el representante de Nueva Zelanda, Leslie Munro, después de haber renunciado a su candidatura el representante libanés Malik, "en interés de la armonía, la concordia, la amistad y la paz", y como manifestación de la buena disposición con que acogió la sugerencia hecha por el representante de Méjico, para que uno de los dos candidatos a la Presidencia renunciara y se consiguiera así una elección unánime.

En la misma Sesión de apertura el recién nombrado Presidente invitó a la Asamblea a pronunciarse inmediatamente sobre la admisión de la Federación Malaya, lo que se hizo con el voto unánime favorable de los ochenta Estados presentes.

Con anterioridad a la apertura de la XII Sesión de la Asamblea se había reunido ésta en sesión extraordinaria para proceder al examen de la moción sobre Hungría presentada por los Estados Unidos con el apoyo de treinta y seis países. Esta moción, por la que se condenaba la brutal intervención soviética de otoño de 1956 y el comportamiento del Gobierno de Budapest, fué aprobada por 60 votos contra 10 y 10 abstenciones. La Unión Soviética y Hungría se apresuraron a rechazar una vez más la competencia de la Organización para entrar en el examen de esta cuestión y, en consecuencia, declararon no aceptar la resolución aprobada.

EL PROBLEMA DEL DESARME.

El 6 de septiembre el Subcomité de Londres, confirmando lo que ya era presumible a fines de agosto, terminaba sus trabajos con la decisión de una suspensión *sine die*, que equivalía al fracaso de las conversaciones iniciadas el 18 de marzo. Considerando en su conjunto las labores de este Subcomité se aprecian dos notas que han venido a caracterizar los debates: de un lado, el tesón soviético, verdadero muro de contención, en rechazar y anular los esfuerzos occidentales para encontrar una zona de inteligencia; de otro, el impenitente optimismo norteamericano, o mejor, el del delegado de los Estados Unidos, Harold Stassen. Cuando todo pregonaba el fracaso de los intentos encaminados a un acuerdo mínimo, pese al evidente propósito occidental de ceder todo lo posible por acercarse a los puntos fijados en los planes soviéticos, Stassen persistió una y otra vez en no tener por fallidos los esfuerzos de Occidente y, aún más, como posible el encontrar una solución de compromiso entre los criterios opuestos de Este y Oeste.

Sin embargo, lo cierto es que, después de haber sido rechazado por Zorin el amplio plan presentado con carácter definitivo por Stassen el 29 de agosto, y de que en los primeros días de septiembre ni siquiera se pudo llegar al mínimo acuerdo de

la fecha ulterior en que los trabajos de los Cinco debieran reanudarse, no cabe dudar de que el Subcomité ha fracasado en toda la línea, haciendo muy problemáticas la necesidad y conveniencia de reanudar el hilo de sus conversaciones.

Frente a la apertura de la XII Sesión de la Asamblea, la U. R. S. S. quería que el problema del desarme fuera debatido en aquél más elevado escenario antes de entrar en el examen particular que los problemas múltiples que el tema entraña. Y era indudable que por el clima de tensión que dominaba la situación internacional, alimentada especialmente por el desarrollo de los nuevos proyectiles capaces de llevar a enormes distancias cargas atómicas, el desarme, verdadera clave de la antinomia Este-Oeste, debería ocupar, y así fué, el primer plano en los debates de la Asamblea. Pudo esto apreciarse perfectamente en las intervenciones que ocuparon la discusión general, abierta el día 19 de septiembre y terminada el 8 de octubre. Como es sabido, esos discursos que llenan cada año la discusión que abre el período ordinario de sesiones de la Asamblea tienen el carácter de un examen general de la situación mundial, y por ello constituyen un medio indudable para conocer los temas que perfilan el clima de tensión internacional, el enlace entre estos y el criterio interpretativo de los Estados o grupos de Estados. El desarme, como cuestión grave y urgente, ha estado presente en las palabras de los distintos delegados. Como dijo el representante del Japón en el curso de su intervención, "el desarme es el punto más importante de los que la Asamblea ha de debatir". Especial recordación hay que hacer aquí del discurso de Foster Dulles, en el que defendió el contenido de la propuesta occidental y acusó a la U. R. S. S. de "agresión indirecta en el Oriente Medio" por el suministro creciente de armas a algunos países árabes; y el de Gromyko, delegado soviético, caracterizado por haber confirmado la inmovilidad de la actitud moscovita, y por devolver las acusaciones dirigidas contra la U. R. S. S. acerca de la situación en el Oriente Medio, al asegurar que son los Estados Unidos los que llevan a aquella región la amenaza de la guerra.

La Comisión de Desarme se reunió en 30 de septiembre. No lo había hecho desde el 20 de diciembre de 1956, y ahora debía conocer los resultados de los trabajos llevados a cabo por el Subcomité, recogidos en los dos informes elaborados por ésta. En el curso del debate informaron ante la Comisión los representantes de los Cinco que habían deliberado en Londres. Cada uno de ellos insistió en puntos de vista sobradamente conocidos y sus intervenciones no tuvieron otro interés que el de resumir ante la Comisión los distintos criterios, que por oponerse irreductiblemente unos a otros hicieron imposible todo acuerdo, siquiera parcial, en la capital británica. Tanto el texto de este debate ante la Comisión, como los de los dos informes del Subcomité, fueron remitidos al secretario general de las Naciones Unidas, invitándole a presentarlos ante la Asamblea General y el Consejo de Seguridad para su examen.

La Primera Comisión inició el examen de este problema el 10 de octubre, teniendo como objeto de estudio los textos que acabamos de citar, más siete proyectos de resolución (dos de la U. R. S. S., uno de Bélgica, uno del Japón y tres de la India), y a los que vino a sumarse otro más el 12 de octubre, presentado por veinticuatro Estados, cuatro de ellos (Estados Unidos, Canadá, Francia y el Reino Unido) miembros del Subcomité. Los representantes de la mayor parte de los Estados firmantes del proyecto de los veinticuatro, fundamentaron su adhesión al mismo en el hecho de que ese proyecto permitiría un acuerdo parcial sobre el desarme, consolidando aquellos puntos en los que se podía apreciar, como consecuencia de las discusiones londinenses, un cierto acuerdo de principio. A los representantes de esos veinticuatro Estados se sumaron luego, por análogas razones, especialmente por considerar que lo más útil que podía hacer la Asamblea era obtener un acuerdo parcial, los siguientes países: China, España, Israel, Nepal, Nueva Zelanda, Pakistán, Paraguay y Uruguay. Todos ellos dirigieron un llamamiento a la Unión Soviética, invitándola a manifestar un espíritu más constructivo que permitiera la reanudación de las negociaciones.

Naturalmente, las argumentaciones soviéticas contra las proposiciones occidentales fueron apoyadas por Bielorrusia, Ucrania y las democracias populares, y todas

ellas fueron una cansada repetición de los cargos tantas veces formulados contra el mundo occidental, los Estados Unidos en particular.

Más tarde, Yugoslavia presentó un proyecto de resolución que fué defendido por este país como un intento de arbitrar un compromiso entre los proyectos distintos sometidos a la Comisión.

La discusión general se extendió hasta el 30 del mismo octubre. La mayoría de las delegaciones sostuvieron el proyecto de resolución de los veinticuatro; otras, menos numerosas, apoyaron bien los proyectos soviéticos, bien los de la India, el del Japón o el yugoslavo. El proyecto de resolución de Bélgica encontró un eco favorable, en principio, en buena parte de las delegaciones.

Las votaciones se celebraron el 6 de noviembre. El proyecto de las veinticuatro potencias, con las enmiendas introducidas por Bolivia, Costa Rica, Méjico, El Salvador, Uruguay, de un lado, y por Noruega y Pakistán, de otro, que habían sido previamente aprobadas, así como otra de la India, relativa a la inserción en el preámbulo de una mención de la Asamblea de 1954 (otras dos enmiendas de la India fueron rechazadas), obtuvo en la votación referente a la totalidad de su texto, una mayoría de 56 votos contra 9 y 16 abstenciones. El proyecto de resolución belga fué aprobado por 70 votos contra 9 y 2 abstenciones. (Las enmiendas a este proyecto presentadas por Polonia fueron previamente rechazadas). Por último, y a petición de los Estados interesados, dos proyectos de resolución de la India, el proyecto soviético relativo a la suspensión de las explosiones nucleares experimentales, y el proyecto de resolución yugoslava, no fueron sometidos a votación.

RENOVACIÓN DEL CONSEJO DE SEGURIDAD Y CREACIÓN DE UNA 9.^a VICEPRESIDENCIA DE LA ASAMBLEA.

Lo mismo que en años anteriores la Asamblea procedió a la renovación de la mitad de los miembros no permanentes del Consejo. Los países cuyo mandato expiraba en el año 1957, eran Australia, Cuba y Filipinas, y la Asamblea decidió su sustitución respectivamente por Panamá (74 votos), Canadá (72) y Japón (55).

Italia, el Japón, Noruega, Paraguay, Holanda y Filipinas pidieron la inscripción en el orden del día de la Asamblea de una cuestión bajo el título de "nombramiento de un noveno vicepresidente para la XII Sesión de la Asamblea", y argumentaron en la exposición presentada para defender su petición aludiendo a que "la composición de la Mesa debe tener un carácter representativo y reflejar la composición de la Organización", por lo que "convendría tener en cuenta el aumento del aumento del número de los miembros de la Organización, cuando se considera la cuestión del número de vicepresidentes". En su sesión del día 4 de octubre la Mesa de la Asamblea decidió por 13 votos y 2 abstenciones (Checoslovaquia y Unión Soviética), recomendar a la Asamblea la aceptación de la propuesta formulada por los seis Estados y su consiguiente inclusión en el orden del día. En efecto, así fué, y en la sesión del día 8 de octubre la Asamblea decidió aprobar la recomendación de la Mesa en lo que concierne a la elección de un noveno vicepresidente. Una segunda votación para proceder a la designación del país que debiera ocupar ese nuevo puesto en la Mesa, determinó la elección de España por 65 votos.

LA CRISIS DEL ORIENTE MEDIO.

De antiguo es el Oriente Medio una zona difícil. Su carácter de encrucijada de tres continentes, su condición clave dentro del cuadro de tensiones entre Este y Oeste, las peculiaridades humanas y políticas de todos y cada uno de los pueblos que en ella viven, su importancia para las comunicaciones entre Asia y Europa, la riqueza de su subsuelo, la rivalidad árabe-israelí y tantas cosas más, hacen de esta región una de las más difíciles del globo.

Su situación actual puede considerarse como de permanente irritabilidad, de

ininterrumpida lucha, alimentada por factores complejos y distintos. De aquí que la atención mundial, sin olvidar otros importantes problemas que siguen conservando su condición de esenciales dentro del desarrollo de la política internacional, continúa prendida de los acontecimientos que se suceden rápidos y sorprendentes en todo el Oriente Medio.

La cada vez más acusada tendencia filo-soviética de Siria, y el protagonismo directo y antioccidental asumido por Egipto, son por hoy los factores predominantes. Frente a esos pueblos, Iraq, Turquía y Jordania dibujan otra faceta de la realidad mediorienta, en la que el Pacto de Bagdad opera como símbolo, incluso respecto de aquellos países que no son miembros para que participen de las corrientes antisoviéticas, que son determinantes del citado Pacto. Por último, la vaguedad de la Arabia Saudita, y la irritabilidad del minúsculo Yemen completan el panorama.

Sobre este confuso mundo de encontradas tendencias, rebeldes a las delimitaciones simplistas, opera la política de Moscú, consciente de lo mucho conseguido y del impacto producido sobre la seguridad del bloque occidental. Sus métodos son sobradamente conocidos: ayuda técnica y económica, préstamos a largo plazo y bajísimo interés, generosidad en el suministro de armamentos a algunos países, comprensión y estímulo para las tendencias dominantes del nacionalismo. Todo ello servido con el telón de fondo de una Unión Soviética que levanta frente a la política defensiva de Occidente la bandera de la distensión internacional y de la coexistencia pacífica.

Dentro de este panorama general, la Nota soviética de 3 de septiembre ha contribuido sobremedida a acentuar la peligrosidad de una situación crítica desde hace ya bastantes meses, no tanto porque confirme la insistencia soviética en continuar la ofensiva diplomática iniciada en los primeros meses del año sobre el Oriente Medio, como principalmente por el tono de amenaza y acusación adoptado. Por supuesto, se reiteran las acusaciones tantas veces formuladas, especialmente contra los EE. UU., según las cuales sólo los occidentales son los causantes de una inquietud que contribuye decisivamente a aumentar la tensión. Pero estas acusaciones, dirigidas a los pueblos occidentales, buscan su blanco en la susceptibilidad e impresionabilidad de los árabes, predispuestos favorablemente a todo lo que impulse sus sentimientos nacionalistas y sus aspiraciones de autodeterminación e independencia. Moscú, por ello, insistió en estas Notas en su conocida propuesta de concertar un acuerdo cuatripartito en forma de declaración que implicase el compromiso formal de abstenerse del uso de la fuerza en el Oriente Medio, y de no inmiscuirse en los asuntos internos de los pueblos árabes. Al volver ahora sobre lo mismo, Moscú busca alcanzar de un golpe dos objetivos: paralizar la acción de ayuda occidental que neutralice los avances comunistas en aquella región, quedando así con las manos libres para continuar su penetración, y arrojar sobre los occidentales toda la responsabilidad de las complicaciones que puedan surgir en todo el área mediorienta.

Ante esta ofensiva, la reacción primera de Washington, ciertamente la más simple, es la de responder con la audacia a la audacia. En esta línea está la declaración del presidente Eisenhower del 7 de septiembre, en la que se contiene una directa advertencia a la Unión Soviética, de los peligros que se derivarían de una acción militar siria contra sus vecinos. El presidente se pronunció afirmativamente respecto a la necesidad de que los EE. UU. acudieran en ayuda de los países árabes más amenazados por la postura filocomunista de Siria.

Pero esta declaración presidencial no impedía que después, el 11 de septiembre, el mariscal Bulganin enviara al presidente Mendéres un mensaje igualmente admonitorio, advirtiéndole a Turquía de los peligros que para ella suponía enrolarse en una política hostil a Siria.

El 24 de septiembre, los EE. UU., la Gran Bretaña, Francia, contestaban a la Nota soviética del 3 de septiembre. En los tres documentos occidentales se rechazan las acusaciones del Kremlin, al que se reprocha seguir una política que no tiene otro fin que agravar la situación en el Oriente Medio. La Nota de los Estados Unidos, como era natural, reafirmó la decisión hecha ya pública por Eisenhower, de con-

tinuar en la línea de conducta que a juicio de los occidentales es la única que puede no sólo garantizar la independencia de los árabes, sino también neutralizar la ofensiva soviética, es decir, continuar prestando la ayuda requerida por los países del Oriente Medio dentro del cuadro de la doctrina Eisenhower". Los tres países rechazaron, en términos unánimes, por lo demás, en sus respectivas Notas, la propuesta soviética de una declaración cuatripartita que no busca otra cosa que impresionar a los árabes, predispониéndolos a favor de la U. R. S. S. y, por ende, facilitar su influencia sobre ellos.

Al día siguiente de la triple contestación occidental se registraba un acontecimiento de singular relieve dentro del desarrollo de la crisis del Oriente Medio. El rey de la Arabia Saudita y el primer ministro del Iraq volaban a Damasco para iniciar conversaciones con los dirigentes sirios durante dos días. La significación de Arabia y de Iraq dentro del fluido y complejo mundo árabe, dieron motivo a las más encontradas interpretaciones. Arabia Saudita ha mantenido, en especial después del viaje del monarca Ibn Saud a Washington, una posición que, pese a manifestaciones de muy distinto color, se ha hecho valorar como no antioccidental y, sobre todo, en virtud del prestigio conservado por su monarca dentro del mundo árabe, como representante de los intereses árabes por encima de las solicitudes de Este y Oeste. Por su parte, el Iraq tiene perfectamente definida su posición internacional, por obra de su inclusión en el Pacto de Bagdad. No hay que olvidar, además, las pruebas de hostilidad que ha dado Siria más de una vez contra Arabia e Iraq. He aquí, por consiguiente, que la presencia de ambos dirigentes árabes en Damasco, en un momento de clara crisis en el Oriente Medio, podía dar motivo a versiones de todos los tipos. Ateniéndonos a lo que apareció como seguro al término de este singular encuentro tripartito, y abandonando toda hipótesis, en la capital siria se dió un paso de acercamiento de Arabia Saudita y de Iraq hacia Siria, se afirmaron los intereses interárabes por encima de cualesquiera otros, y se hizo pública una comprensión hacia Damasco por países que han venido manteniéndose en una línea opuesta a lo soviético o marginal a lo occidental. La conferencia de Damasco, en resumen, es confirmación de la complejidad del mundo árabe y de la fuerza de factores que operan en aquellos pueblos, sin que puedan ser encuadrados dentro del esquema simple de la división mundial en dos bloques. Por otra parte, no parece exagerado establecer una relación entre esas conversaciones intrárabes, y el discurso, calificado de sorprendente, pronunciado el 2 de octubre en las N.U. por el delegado de la Arabia Saudita, que constituyó un ataque frontal a la política occidental en Oriente Medio, al tiempo de reclamar la intervención de la Organización en el conflicto turco-sirio.

El día 18 de octubre la Asamblea General de la O.N.U. decidía por unanimidad, con la sola abstención de Liberia, la inclusión en su orden del día y su examen por la Asamblea en sesión plenaria de la reclamación siria contenida en este título: "Reclamación concerniente a las amenazas a la seguridad de Siria y a la paz internacional". El debate ocupó los días 22 y 25 de octubre, siendo apoyado el delegado sirio en especial por el de la U. R. S. S. y Egipto y el de Turquía por los de los países occidentales. En la discusión del día 25 el representante del Paraguay, recordando el ofrecimiento de mediación del rey Saud, que había sido invocado con anterioridad por el de Turquía, presentó una moción proponiendo formalmente que el debate fuera suspendido y no reanudado hasta que el presidente convocara de nuevo la Asamblea al efecto. Esta moción fué modificada por una enmienda siria que limitaba tal diferimiento a tres días. Aprobada la enmienda de Siria, la propuesta paraguaya fué adoptada por 37 votos contra 10 y 34 abstenciones. De este modo la enmienda siria provocó la reanudación del debate el día 28 de octubre.

LA U. R. S. S. LANZA EL PRIMER SATÉLITE ARTIFICIAL.

El día 4 de octubre las Agencias internacionales difundieron por todo el mundo una noticia que, por una vez, podía calificarse sin hipérbole de sensacional: la Unión Soviética había lanzado al espacio el primer satélite artificial. Las informa-

ciones no se limitaron a esto. Precisaban también la altura de la órbita, su itinerario, el peso, etcétera. En relación con este hecho parece conveniente distinguir, de un lado, su valor psicológico y propagandístico, y de otro, su repercusión en la política internacional y su importancia real como manifestación del desarrollo técnico soviético. En relación con lo primero, no se puede ignorar que la Unión Soviética, por haber sido la primera potencia que ha logrado situar en su órbita un satélite, ha producido un impacto enorme en todo el mundo. Nada como este hecho podía impresionar al hombre de hoy, seducido por la técnica, en muchos casos elevada a la categoría de valor absoluto. Respecto de los pueblos poco desarrollados, en los que se da una evidente admiración por los logros científicos de los poderosos del mundo, la Unión Soviética puede ahora exhibir una prueba, al parecer irrefutable, de su superioridad técnica y científica sobre el Occidente. Los partidos comunistas de todos los países se ven reforzados también en sus argumentaciones propagandísticas sobre los éxitos del régimen comunista. Respecto del mundo occidental, la Unión Soviética ha conseguido con esto, no es posible negarlo, un éxito nada despreciable. La opinión pública norteamericana ha acusado el golpe de manera evidente. Ninguna humillación podía concebirse más intolerable para un pueblo autoseducido por su adelanto técnico. Y no sólo esto, sino que junto a la humillación el norteamericano ha visto desfallecer la confianza en que descansaba su seguridad frente a las contingencias del futuro.

Por otra parte, la clara demostración de la U. R. S. S. ha sabido medir en toda su importancia el efecto producido está en las declaraciones contenidas en la entrevista concedida a un redactor del *New York Times* por Krushev el 7 de octubre. En esas declaraciones lo que atrae la atención no es el contenido de las mismas, mera repetición de acusaciones y afirmaciones tantas veces oídas, sino el tono jactancioso, de seguridad y amenaza, basado en la victoria técnica conseguida.

Importa, por ello, ver con claridad lo que realmente supone en la situación internacional esta prueba del adelanto técnico de los soviéticos. Una primera afirmación que hay que adelantar es la de que por muy logrado que sea el éxito, éste no destruye ni niega el avanzado estado de la técnica y de la investigación científica aplicada a los proyectiles en los Estados Unidos. La gran potencia norteamericana sigue siendo indiscutible. Pero también es verdad que entre los Estados Unidos y la Unión Soviética está planteada una polémica y una carrera en materia de armamentos y de perfeccionamiento de proyectiles, y la Unión Soviética ha sabido llegar primero. El lanzamiento del satélite soviético implica la resolución de complicados problemas de balística y de utilización de poderosas fuentes de energía. Aunque este lanzamiento se rodee de una atmósfera científica, es evidente que una vez conseguido el difícil propósito de situar un satélite en su órbita, nada impide pensar en que los adelantos científicos que han permitido esto pueden ser un día puestos al servicio de popósitos de destrucción y de muerte. Debe añadirse todavía algo que es un factor real y no propagandístico, aunque de la propaganda se valga, y es que el éxito alcanzado es también un elemento que favorece la penetración soviética en el mundo árabe y en otros sectores del mundo ya minados por la propaganda y por la generosa ayuda soviética de orden técnico.

Dos consecuencias deben deducirse de estas consideraciones: en primer lugar que ahora más que nunca es necesario que el Occidente se aplique a reforzar su solidaridad, presentando un frente común, y dirigiendo su política en un sentido no solamente defensivo, sino también de superación de divergencias y contradicciones. En segundo lugar, que el Occidente, y en especial los Estados Unidos, se encuentra empuñado en una lucha, en la que el triunfo estará supeditado en gran medida a la eliminación del desequilibrio que el lanzamiento del satélite soviético ha producido.

LA DEFENESTRACIÓN DE YUKOV.

El ministro de Defensa soviético, mariscal Yukov, posiblemente la figura militar más relevante de la U. R. S. S., permaneció en Yugoslavia los días del 8 al 16 de

octubre. Durante ese tiempo, no solamente mantuvo conversaciones con el mariscal Tito y con los altos representantes del Ejército yugoslavo, sino que también se manifestó públicamente en discursos de gran significación política. Esta visita tenía importancia dentro del cuadro de problemas que es específico de Yugoslavia. La posición de este país es tan singular, tanto por su tradicional equilibrio entre Occidente y Oriente, como por su orientación dentro de las corrientes que se han manifestado en el mundo socialista después de los acontecimientos de Hungría, que todo contacto de las altas jerarquías soviéticas con el mariscal Tito reviste una trascendencia política que no puede ser ignorada. Al término de su visita el mariscal Yukov siguió viaje a Albania, y esto, junto con su significación militar, llevó a pensar en que este viaje obedecía a fines esencialmente defensivos del mundo comunista.

Nada permitía predecir que el mariscal Yukov se encontraba al borde de su caída. Sin embargo, el día 26 de octubre fué repentinamente destituido de su cargo de Ministro de Defensa, uniéndose así su desaparición a la lista de los dirigentes soviéticos sometidos repentinamente a una cura de silencio después de la muerte de Stalin.

La caída de Yukov parece ser una manifestación evidente de la competición y de la lucha abierta entre el Ejército y el Partido, en la que éste último va consiguiendo sus objetivos amparado en su mayor influencia y en el aparato de poder irresistible que alcanza hasta las más altas esferas militares. El primer secretario del Partido Comunista soviético, Krushev, maneja los hilos de la Unión soviética y va desmontando aquellas figuras que, por exhibir un indudable prestigio, pudiera pensarse estaban al margen de estas violentas eliminaciones.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

